

Obituario a destiempo

Sealtiel Alatraste

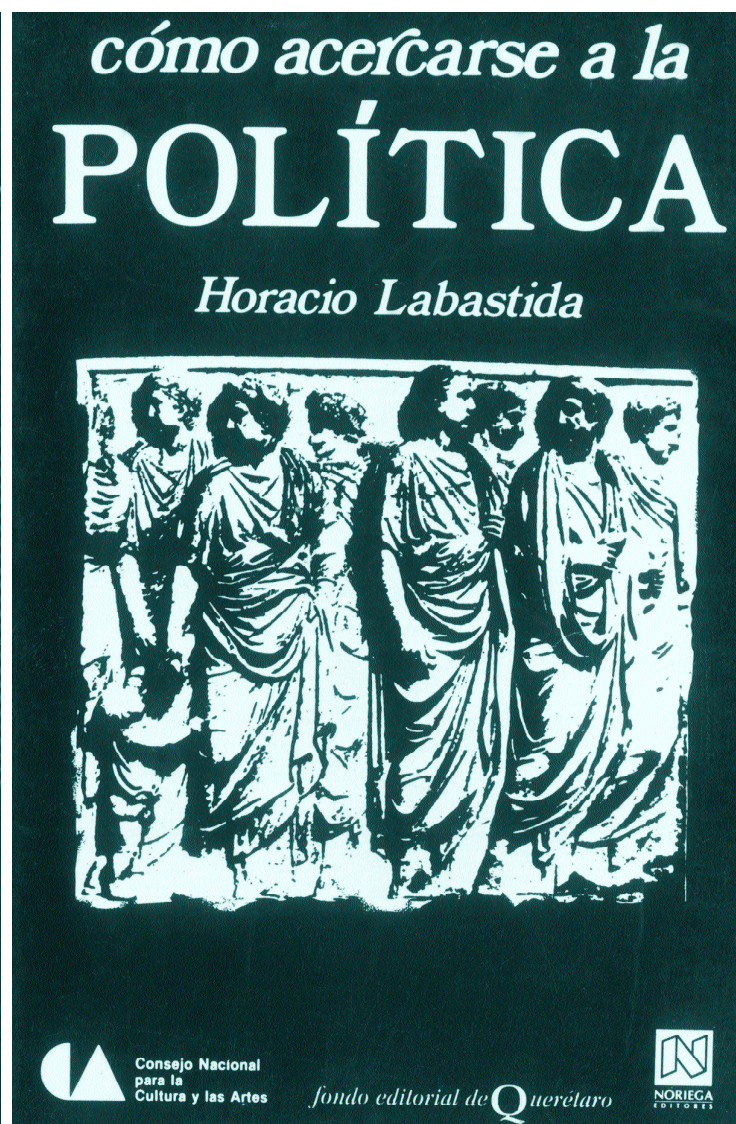
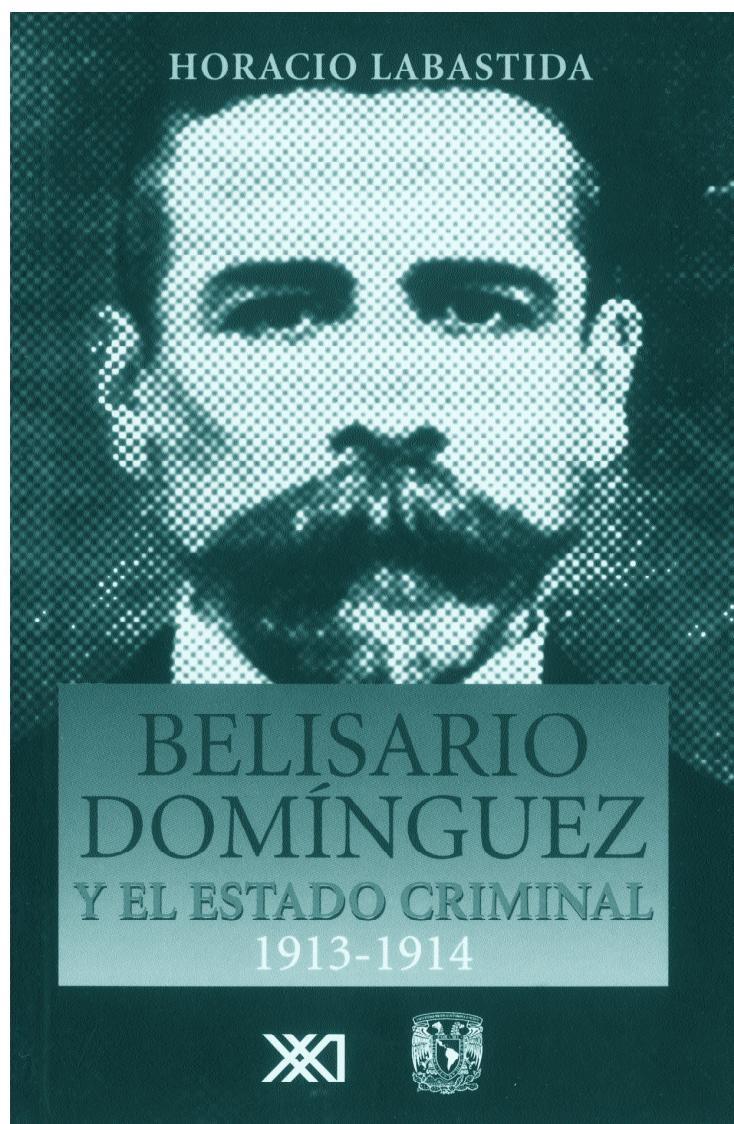
16 de diciembre de 2004: muere Horacio Labastida, uno de los bibliófilos más apasionados de la Historia de México.

Era de tez morena, pelo cano, rostro sonriente y usaba esos trajes gris parduzco que fueron la vestimenta típica de la vieja guardia de la diplomacia mexicana. Tenía



dos pasiones: coleccionar libros y leer la Historia de México del Siglo XIX. Digo dos pasiones, por decir algo, pues en Horacio Labastida se confundían en una sola, y esa Historia que tanto le entusiasmaba parecía vivir, literalmente, en los libros de su inmensa biblioteca. Durante años se reunió cada mes a comer con varios de sus amigos en el Instituto Cultural Helénico, del que eran consejeros y, aunque la cultura griega era el objeto de sus charlas, siempre acababan hablando de Morelos, de Hidalgo y de la enorme deuda que la historiografía nacional tenía con Bustamante o con el doctor Mora. “El espíritu griego nos guía”, decía con una amplia sonrisa, “nomás que como estamos en México, a México nos debemos”. Yo asistía de mirón a esas reuniones, como una especie de secretario de actas, para que conformáramos una colección que pusiera al alcance del “nuevo” lector las joyas bibliográficas en las que se contaba la azarosa historia de nuestro país durante el siglo que hoy ya es el antepasado. Antonio Carrillo Flores y Andrés Henestrosa eran sus contertulios y competían con él para ver quién tenía la edición más rara de tal o cual libro, la mejor cuidada de este otro o incluso la que contaba con una dedicatoria especial. Con lo que habían coleccionado los tres se podría reconstruir paso a paso la Historia de los inicios del México independiente, pero con lo que sabían, lo que la gente contaba o los chismes de los que estaban enterados sería suficiente para dar testimonio de que el México posrevolucionario fue una mezcla de picardía, ansia de poder y chulería de los hombres y mujeres que se disputaron la gloria de conformar un país a partir de casi nada.

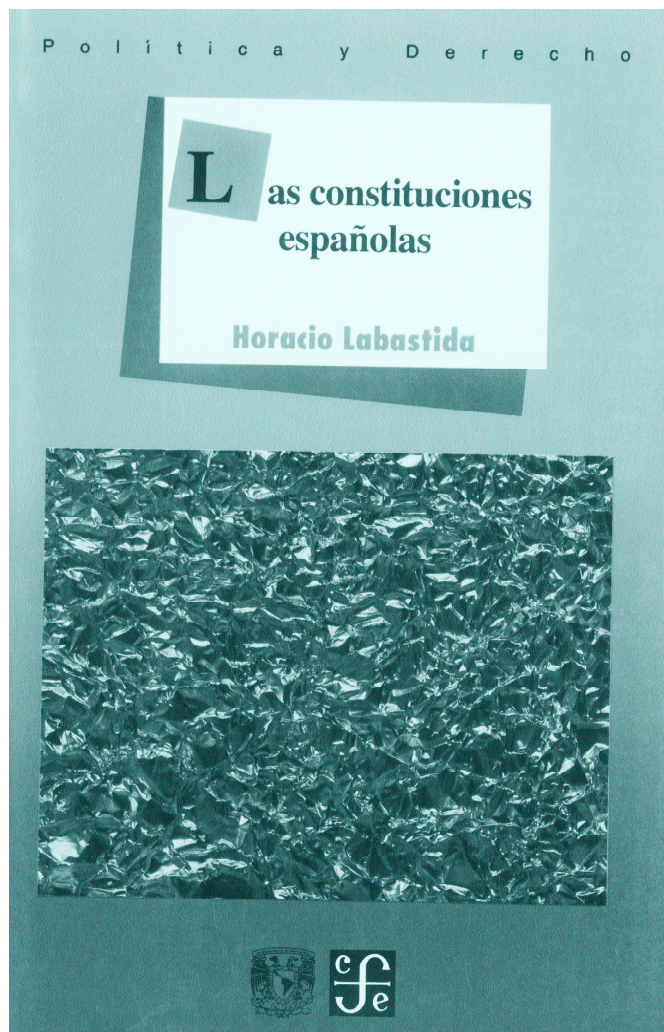
Para Horacio Labastida el quehacer político tenía que ver con la conciencia que se tuviera de la Historia. Uno hace lo que le toca en turno sabiendo que es heredero de una tradición, parecía decir en cada frase. A la gente le sorprendía que por cualquier cosa citara



Para Horacio Labastida el quehacer político tenía que ver con la conciencia que se tuviera de la Historia. Uno hace lo que le toca en turno sabiendo que es heredero de una tradición...

Los sentimientos de la Nación de José María Morelos, pero él afirmaba que era imposible construir su destino si no se entendía que ahí, en ese texto inspirado, había nacido el germen de lo que podía ser México. Tenía razón, uno no hace el futuro sino que elige las opciones que el futuro le presenta, y esas opciones siempre tienen que ver con el pasado, o mejor, las opciones que más convienen tienen que ver con el pasado. Estaba convencido de que uno de los grandes males del país era la amnesia histórica, esa creencia que tienen los mexicanos —sobre todo los políticos— de que están destinados a volver a hacerlo todo. Los diferentes

regentes que tuvo la Ciudad en el régimen priísta eran foco de sus críticas. “Cada uno, —decía— cree que tiene que rehacer la Ciudad de México cuando ya está hecha”. Luchó denodadamente contra esta manía desde todas las trincheras, como funcionario, como diputado (llamaba a la Cámara, la Gran Tribuna de la Nación), como editor o como director de la *Revista de la Universidad de México*. Con él edité una colección que hizo memoria en el Fondo de Cultura Económica, *Clásicos de la Historia de México*, donde en versiones facsimilares pudimos publicar los libros en los que, desde la óptica liberal o conservadora, se narraba la



Tenía razón, uno no hace el futuro sino que elige las opciones que el futuro le presenta...

Guerra de Independencia. No era un capricho, fue una convicción la que le llevó a proponer esas ediciones. “Nuestra independencia —decía— siempre ha estado amenazada, Estados Unidos quiere, “por angas o por mangas”, quedarse con el país. La única manera que tenemos para resistir es conociendo nuestra historia. Sólo así sabremos lo que heredamos”. No sé en qué medida tendría razón —yo se la doy— pero lo importante, hoy que ha muerto, es valorar la fuerza de sus motivos. En una ocasión estaba con él en un despacho del Zócalo, había quedado de recogerlo para ir a un comedor público, como él llamaba a los restaurantes del centro. Recuerdo que nos acercamos a una ventana para ver el asta bandera y me dijo:

Desde un sitio como éste, José María de Bustamante vio cómo los soldados del ejército invasor izaban la bandera gringa. Lloró de rabia, y decidió escribir *El Nuevo Bernal*, su último libro. Los mexicanos deberían leerlo para que se enteraran del dolor de vivir en la opresión.

Horacio Labastida, don Horacio, como le decían sus amigos, fue una conciencia lúcida que sacó la fuerza de sus convicciones de la certeza de que México, desde el momento en que Hidalgo, Allende y, sobre todo José María Morelos, concibieron un país independiente, tiene un papel en el concierto de las naciones. El presente no pinta como para que olvidemos su lección. [1]